Globethics Repository



Hacia una nueva eclesiología [Towards a new ecclesiology]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Ávila, Isabel;Rueda, Chini;Ramos, Marifé;Yuste, Pilar
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-03 13:26:22
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222102

HACIA UNA NUEVA ECLESIOLOGÍA

MUJERES Y TEOLOGÍA (*)

¿Es posible una nueva eclesiología?; ¿qué claves nos mostrarían que es nueva? En este breve espacio sólamente vamos a poner el dedo en algunas llagas que muestran la necesidad de que toda la comunidad eclesial caminemos sin miedo hacia una nueva eclesiología, y a esbozar algunas líneas que nos parece que podrían contribuir a ello. Quizá así podríamos acercarnos un poco más a esa comunidad de iguales que encarnó el talante de Jesús y fue signo para las sociedades paganas, porque hoy, en nuestras comunidades, perviven unas diferencias que siguen siendo escandalosas.

Empezamos por recordar...

El Concilio Vaticano II y la Exhortación *Christifideles laici* nos despertaban del sopor recordándonos que los laicos y laicas somos "testigos de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y una señal del Dios vivo" (1) y que "como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran a Dios el mundo mismo" (2). Pero, si contrastamos estas afirmaciones con las responsabilidades reales de hombres y mujeres laicos en la Iglesia, hay algo que chirría. Algunos cánones del código de Derecho Canónico son lastres que siguen relegando a

(*) Artículo escrito en equipo por Isabel Ávila, Chini Rueda, Marifé Ramos y Pilar Yuste.

(1) *L. G.*, 38.

(2) *Christifideles laici*, 14; *L.G.*, 34.

muchas mujeres, y condicionan su deseo de tener responsabilidades en la comunidad parroquial a merced de la mentalidad de su párroco.

Es misión del laicado "gestionar los asuntos temporales y ordenarlos según Dios (...) para que, desempeñando su propia profesión, guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad" (3). Creemos que no se ha puesto de manifiesto suficientemente la riqueza de la palabra *fermento*, y que sigue habiendo afán de "recluir" en las sacristías y en los templos, de valorar el compromiso laical más por las horas que se dedican a tareas intraeclesiales que a ser fermento en el mundo, especialmente en aquellos ámbitos paganos en los que el Evangelio aún no está presente y pastan las ovejas perdidas.

Uno de los objetivos de la Exhortación *Christifideles laici* (4) era "suscitar y alimentar una más decidida toma de conciencia del don y de la responsabilidad que todos los fieles laicos –y cada uno de ellos en particular– tienen en la comunión y en la misión de la Iglesia" (5). *Don*, porque "no nos quedamos laicos" (como quien se queda soltero porque nadie quiere compartir su vida), sino que recibimos esa vocación y la misión que va inherente. Aunque la desproporción entre el énfasis que se pone en la gracia de recibir la vocación sacerdotal o religiosa y el silencio ante la vocación laical puede hacer creer que los laicos y laicas son "personas sin la gracia de la vocación". *Responsabilidad* porque nos vamos haciendo laicos y laicas a lo largo de toda la vida, porque en la medida en que vamos descubriendo nuestra identidad y misión tenemos y queremos ser miembros activos y responsables. Aunque el ejercicio de esa responsabilidad acarree no pocos disgustos en la vida diaria, porque a veces es más fácil romper a las personas que romper los esquemas.

Somos "sarmientos radicados en Cristo" (6), que por medio de la fe y de los sacramentos tenemos vida, vivificamos y participamos en el triple oficio de Jesucristo. Constatamos que la organización de algunas parroquias y comunidades oculta esa imagen del sarmiento porque los cauces de participación en el triple oficio de Jesucristo, a tra-

(3) *L.G.*, 31.

(4) Exhortación apostólica de Juan Pablo II (30 de diciembre de 1988).

(5) *Christideles laici, n°* 2.

(6) *Ib.* n° 9.

vés de los cuales se puede vivificar la comunidad, se han sustituido por trabajos rutinarios que no son plataforma de evangelización.

"Los laicos viven y manifiestan tal realeza (el oficio real de Jesucristo) del modo más simple, posible a todos y siempre, y a la vez del modo más engrandecedor, porque la caridad es el más alto don que el Espíritu ofrece para la edificación de la Iglesia" (7). Frente a títulos y oropeles, se nos recuerda que es la perfección con la que se viva la caridad la única medida que puede situar a unas personas en los primeros puestos de la cordada en la que seguimos a Jesús de Nazaret, para desde ahí ayudar a los hermanos y hermanas.

"El ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial" (8). El mundo es para nosotras el ámbito en el que ha nacido nuestra vocación cristiana y nuestro lugar de misión. Nos sentimos llamadas a "cristificar" cada célula de la creación, siendo cauce del amor que recibimos de Dios. Por eso sigue haciendo falta que desde diversas corrientes teológicas se siga rehaciendo y completando la teología de la creación y del mundo, poniendo de relieve que es "lugar teológico", del que no hay que huir, sino compartir la pasión del mundo y contribuir –por muy pobremente que sea– a que Dios sea todo en todos y todas.

"Revestidos de Jesucristo y saciados por su Espíritu, los cristianos son 'santos', y por eso quedan capacitados y comprometidos a manifestar la santidad de su ser en la santidad de todo su obrar" (9). Dejemos, pues, que sean las obras las que manifiesten en la Iglesia hasta qué punto cada persona está revestida de Cristo y saciada por su Espíritu, en lugar de establecer unas diferencias que, muchas veces, no son sino restos anquilosados de una circunstancia histórica concreta.

Para que esto no se quede en palabras, podemos...

— Contribuir a que los grupos que recogen y expresan el palpitar del laicado sean cauces vivos de participación en la vida eclesial y auténtico fermento comunitario.

— Denunciar las situaciones que pueden llevar a padecer ciertas enfermedades: manos que se quedan "secas" ante el miedo a expresar

(7) *Ch.L.*, 41.

(8) *Ib.*, nº 15.

(9) *Ch.L.*, 16.

por escrito lo que se piensa, cegueras que impiden ver la responsabilidad y gratuidad con la que trabajan tantas personas laicas, o la amnesia que nos hace olvidar esa sabiduría que Dios revela y desvela a las personas sencillas.

— Recordar una y otra vez que la teología del matrimonio ha quedado empobrecida frente a la de la vida "consagrada", y contribuir a des-velar su riqueza con ahínco.

— Aceptar que no es la necesidad apremiante de sacerdotes, sino la referencia del estilo de vida de las comunidades que encarnaron el talante de Jesús, lo que debe llevar a la comunidad cristiana a ser rica en ministerios ordenados.

— Reflexionar en el año de Jesucristo: ¿qué tenderetes vendría a derribar en nuestros templos e Iglesia?; ¿por qué la comunidad de iguales la hemos convertido en una pirámide con multitud de escalones?

Un nuevo presbiterado

Y no es abogar por la contradicción. Bien sabemos que la etimología griega del término "presbítero" es "el más anciano". A pesar de ello necesitamos un permanente rejuvenecimiento, una renovación del presbiterado, que nada tiene que ver con su edad, y mucho con su talante; porque es tristemente frecuente encontrar nuevos presbíteros más anquilosados y envejecidos que algunos de sus compañeros cargados de años y comprensión.

Hoy nos encontramos con numerosos presbíteros de un talante hondamente evangélico, al lado de los cuales las mujeres nos sentimos tratadas con dignidad; hombres que desarrollando una acogida auténticamente maternal se convierten en motores de amor de su comunidad; profetas que inundan con la fuerza del espíritu el camino de quienes les acompañan. Pero, a pesar de esa realidad, promesa y esperanza del clero que merece la Iglesia postconciliar, constatamos que la Iglesia Católica actual sigue siendo frecuentemente un espacio donde la igualdad en la diversidad no deja de ser una bella frase.

Tendremos que partir de la realidad. Cuando la gente se refiere a "la Iglesia" lo hace pensando en la jerarquía, y no en la comunidad. Y realmente *es importante la imagen y la palabra de nuestros ministros ordenados ante quienes piensan y viven la Iglesia desde dentro y desde fuera*. Este clero masculino y formalmente célibe que lidera comunidades formadas en más del 60% por mujeres se relaciona con ellas *desde*

la superioridad simbólica, ya que presiden la Eucaristía "in persona Christi" (recordamos aquí a D. Sölle cuando plantea que un Dios varón acaba transformando al varón en Dios; nada descabellado si pensamos en argumentos como el de que sólo el varón puede representar a Cristo en la Eucaristía). También se relacionan desde una real *superioridad política* (por la potestad de régimen que les confiere su ordenación, potestad legislativa, ejecutiva y judicial, según el canon 135). Ambas en un mundo donde ya de por sí nacer mujer cotiza mucho menos económica y socialmente que nacer varón. Y aunque es incuestionable que muchos renuncian o delegan ese privilegio, quienes no desean hacerlo lo ostentan con pleno derecho, al menos canónico (lo que no parece muy evangélico). Desde aquí no nos pueden sorprender los atávicos miedos, dependencias y servidumbres de tantas feligresas (10) convertidas en menores de edad y, como respuesta, el más visceral de los rechazos en muchas otras o la más tibia de las indiferencias ante todo lo religioso en general, pues, repito, la dimensión simbólica del clero pesa más social que teológicamente.

Sabemos distinguir entre quienes nos acogen como a iguales y entre quienes sólo nos admiten como niñas. Incluso aunque haya mujeres que gusten de ese trato, el "éxito de audiencia" no es un criterio válido, ya que dentro de cualquiera duerme el virus de la dependencia y el miedo a la libertad. Y es que la persona sólo fructifica en la libertad que nace del amor adulto. Y eso es algo que provoca uno de los miedos más voraces con los que convivimos.

Ante la escasez de vocaciones, "el presbiterado se convierte en especie en peligro de extinción, y aparece ADENA para protegerla"; esta frase es de un presbítero que sólo tiene miedo a la incoherencia, y explica muy bien la actual situación: nuevas vocaciones de corte integrista (incluso en su camisa) que reducen las dimensiones carismáticas de su ministerio pero sobredimensionan su protagonismo y poder intra y extraeclecial. *Cómodos en su papel de padres, maestros y seño-*

(10) Muy acertado el ejemplo con el que Esperanza Bautista ilustra su ponencia *Servicio y Servidumbre* enmarcada en las Jornadas que organizó el Foro de Estudios sobre la Mujer en marzo de 1997 en la Parroquia de Nª Sº de Guadalupe: el discurso dirigido por Juan Pablo II a las más de cuatro mil auxiliares de sacerdotes el 22 de abril de 1982. Enbtresaco: "Permitidme os confíe mi primera impresión al veros tan numerosas, procedentes de muchos países de Europa e incluso de Madagascar: las mujeres tienen su sitio en la Iglesia. (...) Jamás agradeceréis suficientemente al Señor por haberos concedido la gracia privilegiada de servir al sacerdocio. (...) Recibid las felicitaciones, en primer lugar, por mantener en buen estado la vivienda del sacerdote, por liberarlo de las tareas materiales que absorbería una gran parte de su tiempo tan necesario para la labor apostólica, y que sintonizan mejor con vuestros carismas de mujeres...".

res... Aparte de la actual tendencia social a los fundamentalismos, y de disquisiciones eclesiásticas, hay una cuestión desde la que es fácil llegar a esta situación: el *problema de identidad* de este ministerio y el modelo de evangelización por el que se opta. No podemos entrar en esta cuestión, pero sí afirmar que esto nos está llevando a crisis graves en numerosas parroquias y comunidades a las que llegan como "aerolitos" estos nuevos ministros destinados a interrumpir largos procesos de madurez comunitaria, volviendo a una estéril relación vertical, piramidal, que creíamos ya tan superada. Jóvenes con reforzada prepotencia que diseñan una comunidad a su medida. ¿No sería más lógico a la inversa? Funcionarios con maletines llenos de papeles y vacíos de pasión.

Otro problema importante para muchos es el del celibato. Junto con quienes lo viven de una forma bien integrada y gozosa, en algunos provoca auténticos trastornos psicológicos y escándalos (públicos o no). Tendríamos que ahondar en valientes testimonios, como el del Movimiento por el Celibato Opcional (MOCEOP), para mejorar entre toda la comunidad cristiana este aspecto.

Y fruto de esa distancia de la vida de los demás, es un formalismo ritualista y farisaico, y un lenguaje tan alejado que no nace de la realidad ni en ella puede ser significativo y, menos aún, profético. Algunos, con su mejor intención, se sorprenden de que su comunidad les considere bichos raros. Todavía quedan muchos que lo son: suelen pasar la mayor parte de su vida delante de los libros, tienen casa y servicio doméstico asegurado, viajan cuando y donde quieren, no se casan, no dependen de un sueldo ganado por un trabajo normal, no tienen responsabilidades familiares... Con esto no queremos decir que necesariamente vivan como uno más (aunque eso sería mejor que no estar tan desencarnado de la realidad cotidiana), sino que es preciso mantener la difícil *tensión entre normalidad y significatividad* (11). La *normalidad* de asumir la generalizada inseguridad laboral, de convivir con el fantasma del paro, de enraizarse a la realidad vital gracias al compromiso del amor familiar en sentido amplio, de modelar nuestra afectividad en el calor y con la responsabilidad de una comunidad, de descubrir en el trabajo conjunto con familias otro tipo de relación, de menos derecho canónico y más música sabrosona. Y, por otro lado, la *significatividad* profética que supone la pobreza evangélica, el com-

(11) "No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de una vida distinta de la terrena, ni podrían tampoco servir a los hombres si permanecieran ajenos a la vida y condiciones de los mismos". Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, nº 3.

promiso por el Reino, la liturgia y oración sentidas, el acompañamiento y la acogida regeneradora, el sobrecogimiento ante el Misterio que sólo puede transmitirse de forma testimonial y por contagio, etc. Así tendríamos un mayor número de buenos presbíteros, y, más importante aún, de personas felices dispuestas a ayudarnos a ser felices también. Porque autoridad guarda relación etimológica con aupar, no con aplastar o condenar. Y en la Iglesia de Jesús no cabe otra autoridad que la de su Espíritu, y hay caras y obras que demuestran muy pero que muy poco "espíritu". Y es que un tipo de relaciones jerárquicas y frías genera dolor en los fieles, pero también mucho sufrimiento, aislamiento, y por tanto, empobrecimiento en sus curas, tan distintos a la madurez afectiva, el calor creador y la felicidad contagiosa de los que mantienes unas relaciones desde la reciprocidad y la sana interdependencia.

Hoy *el mundo cambia, las mujeres han cambiado* (la gran revolución del siglo XX) y esta nueva realidad supone *una nueva Iglesia, y esa nueva Iglesia, unos nuevos presbíteros*. Una reestructuración más honda de lo que creíamos, y que aterra a muchas personas. La separación entre clero y fieles nunca fue evangélica, pero ahora tampoco es socialmente aceptada. Todo un signo de los tiempos. Corrientes como la de "Somos Iglesia" nos demuestran el sentir de millones de personas cristianas que no quieren una comunidad dividida, jerarquizada y androcéntrica. Las cuestiones que se plantea esta corriente son interesantes: acceso de las mujeres a la ordenación sacerdotal (12), recuperación del diaconado femenino, celibato opcional y participación de las esposas en el talante presbiteral... Pero más importante nos parece la ya citada *relación de las mujeres con sus presbíteros varones y la dimensión culturalmente femenina de Cristo Resucitado* (en quien "no hay ni hombre ni mujer"), *de su Iglesia, y de los ministerios*. En definitiva, la rica dimensión de una Iglesia de iguales donde el único privilegio es para quienes más hayan sufrido en el devenir de la historia.

Nuestro pasado es promesa de futuro: esa comunidad de iguales en la que los presbíteros trabajan gozosamente, codo con codo, con tantas mujeres apasionadas por la causa del Reino. Una Iglesia toda ella sacerdotal. Unos presbíteros conscientes de que lo decisivo en ellos es su condición de fieles, y que con su amor y testimonio ayudan a transformar tanto dolor y muerte en Vida plena. Su poder puesto al servicio de todos, para que mañana todos y todas puedan hablar, puedan saber,

(12) Sugerimos: Mª JOSÉ ARANA y MARI SALAS, *Mujeres sacerdotes, ¿por qué no?* Madrid, 1994; M. ALCALÁ, *Mujer, Iglesia, Sacerdocio.* Bilbao, 1995; AA.VV., *El sacerdocio de la mujer.* Salamanca, 1993.

puedan creer, puedan profetizar, puedan sanar, puedan celebrar, según sus carismas (porque "el Espíritu sopla donde quiere" independientemente de la etnia, clase o género de quien lo recibe), y todos, todas, *puedan amar, y por tanto ser amados, como mejor sacramento del Amor creador y vivificador de Dios. Del Dios, Padre y Madre, que nos crea dignos, como hombres o como mujeres, y que nos quiere libres.*

Una vida religiosa en una comunidad de iguales

Como religiosas necesitamos una nueva y honda experiencia de Dios que autentifique nuestro ser. Necesitamos una nueva identidad, pero no a base de proyectar en Dios nuestras propias imágenes (Padre protector, Madre maternal, Esposo amadísimo...) sino de profundizar la realidad de todo lo que es y de todo lo que somos.

Para ello tenemos que despojarnos de ese poder que nos mantiene en una estructura jerárquica y vertical, que mantiene el orden establecido, la obediencia, la sumisión, la culpa y la dependencia. Un poder que mantiene las diferencias: el arriba y el abajo, los que conocen la voluntad de Dios y los que la cumplen, los que disciernen y las que somos objeto de discernimiento. Tenemos que vaciarnos de esa autoridad que dan los cargos, los privilegios o la situación social, y caminar con ese Jesús itinerante, apasionado por el Dios que está en todos, en todas y en todo, del que nadie es dueño, y sólo quien ama intuye algo de su Ser.

Las religiosas pertenecemos a una larga tradición de mujeres que, en medio de muchas luchas y sufrimientos, tocadas por el Amor de Dios, fueron místicas, discípulas, fundadoras e incansables luchadoras por la causa de Jesús y su reino. Todo ello en una Iglesia que muchas veces las silenció, marginó, ignoró o incluso las condenó.

Caminamos y trabajamos por una nueva eclesiología cuando releemos y reinterpretamos nuestras tradiciones, cuando nos hacemos preguntas, cuando salimos de la concepción tan patriarcal, jerárquica e individualista de la vida religiosa y gestamos nuevas relaciones entre nosotras, con cada hombre y mujer y con el cosmos. Cuando vivimos abiertas a que el Espíritu derribe nuestras puertas cerradas y experimentemos un nuevo Pentecostés. Y cuando aceptamos la muerte de tantas ideas, costumbres, ritos y estructuras que nos anquilosan, nos dan seguridad y nos hacen olvidar que la vida religiosa es una misteriosa aventura –en la densidad de la noche o en la luminosidad de la aurora– en la que incansablemente, entre suspiros, gritos o gemidos buscamos a Dios.

Hacia una Iglesia más gozosa

Finalmente queremos señalar la importancia de trabajar incansablemente por una *Iglesia gozosa, una Iglesia sin miedos y una Iglesia donde los últimos sean los primeros y los primeros los últimos.*

"¿Qué es lo que permite a alguien quedar libre de la angustia de la muerte y de la preocupación de seguir viviendo, desembarazado de los complejos y de las preocupaciones, libre de toda pretensión respecto a sí mismo y de la necesidad enfermiza de ser reconocido, totalmente libre para los demás? ¿De dónde saca esa libertad?". Eso sólo puede salir de la dicha. "Jesús aparece en los evangelios como el hombre que contagia la felicidad a su entorno, como quien comunica su fuerza, da gratuitamente lo que posee". La anulación del yo, el sacrificio por el sacrificio endurece y arruga a las personas, las repliega sobre sí mismas. "Cuanto más feliz sea alguien, más fácilmente se puede desprender de sí mismo. Sus manos no se cerrarán convulsivamente sobre el pedazo de vida que le ha caído en suerte. La felicidad es toda suya. Por eso no se adhiere a las cosas encarnizadamente. Las manos pueden abrírsele" (13).

Necesitamos gente sana, feliz de traer hijos al mundo o de no hacerlo por responsabilidad con el mundo. Gente satisfecha con su opción afectivo-sexual, dispuesta a liberar todas sus energías afectivas y efectivas en el proyecto de Jesús, sea cual sea su situación: casada, divorciada, célibe, soltera...

Llegaremos a ser una Iglesia sin miedos cuando no tengamos miedo a decir lo que pensamos, a dejar que la Iglesia sea guiada por el sentido común de la gente a la par que por el Espíritu. Cuando no tengamos miedo ni a las diferencias, ni a la pluralidad, ni a tocar las estructuras actuales. Sin miedo a la ternura, a la pasión, al amor que quiebra leyes, que apuesta por las cañas cascadas y los pábilos vacilantes...

Y por una Iglesia en la que los últimos sean y se sientan los primeros realmente, como nos enseñó Oscar Romero, el pastor del pueblo salvadoreño:

> Aquello era un mercado, era un ir y venir de gente. Ese arzobispado era el maremagnum de las personas, ¡y hasta de los animales! Porque allí los campesinos le llevaban gallinas, gallos, pollos y hasta un día una vaca... Había su caos, eso sí.

(13) Los fragmentos entre comillas están entresacados de D. SÖLLE, *Imaginación y obediencia*. Salamanca, 1971, 73-77.

En ese maremagnum quisieron introducir algún tipo de programación para las reuniones y las visitas de Monseñor, para que no dejara de asistir a las reuniones previstas con otros obispos, sacerdotes o grupos organizados. Monseñor estuvo atento a las sugerencias que se le hacían para que programara mejor su tiempo; finalmente dijo:

"Creo que esa programación no se va a poder realizar... porque yo tengo mis prioridades. Y con programación o sin ella, siempre voy a recibir primero a cualquier campesino que llegue aquí, en el día o la hora que sea, esté o no en reunión...

Mire, mis hermanos obispos todos tienen carro, los párrocos pueden tomar el bus y no tienen mayor problema en esperar. Pero, ¿los campesinos? Vienen caminando leguas, con tantos peligros, y a veces ni han comido... Ayer mismo vino uno de por La Unión. Por estar en una reunión cristiana, un guardia le golpeó tanto la nuca que se va a quedar ciego, sólo vino a contarme...

Mire, los campesinos nunca me piden nada, sólo me platican de sus cosas y eso ya les alivia. ¿Yo les voy a programar sus aflicciones? Mejor olvídese de eso" (14).

Nuestra Iglesia será más viva

— Cuando los campesinos –y todo el pueblo de Dios– nos sintamos aliviados al hablar con nuestro obispo y podamos platicar de nuestras cosas.

— Cuando a todos y todas se nos vacíen un poco las agendas y nos quepan más personas en las entrañas.

— Cuando le demos gracias a Dios por ser tan diferentes, y no sintamos la necesidad de "uniformar" pensamientos y estilos de vida.

— Cuando hombres y mujeres laicos dejemos de estar encorvados, acallados o dormidos.

— Cuando miles de religiosos y religiosas encarnen de tal modo el carisma de sus congregaciones que haya una revolución en la Iglesia y en la sociedad.

— Cuando todos los presbíteros se sientan compañeros de camino de quienes trabajan por el Reino desde otros ministerios, ordenados o no.

— Cuando...

---

(14) M. LÓPEZ VIGIL, *Piezas para un retrato.* UCA, El Salvador, 1995, 139-141.